

MIRANDO HACIA ATRÁS SIN IRA: EL PROFESOR FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Por JULIA UCEDA

No puedo hablar del Profesor Francisco López Estrada sin hacerlo también de su tiempo, y el mío, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla durante los años 50 a 70. A la aventura de mirar hacia el pasado, tengo la suerte de poder darle el título de *Mirando hacia atrás sin ira*, paráfrasis de la obra de 1956 de John Osborne, referida a casi aquellos mismo años y problemas semejantes — sobre todo a su mediocridad—, ya que la mayoría de los españoles, divididos entre el silencio, el temor y la desorientación, parecían aceptar, casi sin darse cuenta, la invasión de esa mediocridad en todos sus matices.

Cuando ingreso en la universidad, su futuro, y el de todos nosotros, ya está organizado: la guerra civil había concluido hacía años, el entonces Ministro de Educación de España, José Ibáñez Martín (1896-1969) había dirigido en 1937 a la Dirección General de Prensa y Propaganda una tarjeta¹ en la que humildemente buscaba la oportunidad de poner en orden y derecho lo que creía desordenado o torcido ya que: “...la educación intelectual estaba

1. 17 de julio, 1937. Querido amigo: Después de diez meses de calvario en la zona roja, en donde el sufrimiento ha adoptado los más variados matices, Dios me ha permitido salir de aquel infierno, para llegar al regalo de la España nacional, en donde para fortuna de todos tan maravillosamente ha prendido el sentido heroico cristiano e imperial de los jubilosos días de nuestra grandeza. Si le sirvo de algo, me tiene Vd. a su incondicional disposición. Un abrazo de su siempre amigo, José Ibáñez Martín. s.c. Calle de Valladolid, 10, 1.0 [Burgos]. Ver: Eugenio Vegas Latapie, *Los caminos del desengaño. Memorias políticas 2, 1936-1938*, Tebas, Madrid 1987, páginas 357-359.

desquiciada, había sucumbido también en manos de la libertad de cátedra la educación moral y religiosa, y hasta el amor a la Patria se sentía con ominoso pudor, ahogado por la corriente extranjerizante, laica, fría, krausista y masónica de la Institución Libre, que se esforzaba por dominar el ámbito universitario...”² Al aludir en su tarjeta al imperio y a los días de “nuestra grandeza”, el futuro ministro (Catedrático de Geografía e Historia del Instituto de San Isidro de Madrid) demostraba haber captado el espíritu imperial de un pasado definitivamente muerto aunque añorado como pretexto anacrónico para imponer el ideario falangista. Pero, en aquellos años, los que la conocieron habían dejado de hablar de la Institución Libre de Enseñanza y con ello los más jóvenes no tuvimos ocasión de conocerla hasta mucho más tarde. Fundada en 1846 por un grupo de catedráticos que defendían la libertad de cátedra y negándose a que la enseñanza se ajustara a los únicos dogmas de la iglesia y el estado, fue suprimida toda información sobre ella.

La universidad de Sevilla tuvo carácter autonómico desde septiembre de 1921 hasta julio de 1922. En 1950 se decidió abandonar el edificio de la calle Laraña, llamada así, desde el XIX, en memoria del abogado, catedrático, senador del reino y rector de la universidad, don Manuel Laraña y Fernández³, en la que todavía se impartían algunas clases, y pasar a la Fábrica de Tabacos. Fue allí, en Laraña, donde conocí a Don Francisco López Estrada, un joven profesor catalán trasladado a Sevilla en 1949 desde Santiago de Compostela. Lo recuerdo precisamente en el patio que Cernuda describe en *Ocnos*: “Había en el viejo edificio de la universidad, pasado el patio grande, otro más pequeño, tras de cuyos arcos, entre las adelfas y limoneros, susurraba una fuente”. Así recuerdo el patio como también el cuarto de aseo para alumnas al que llamaban pomposamente *gineceo*.

A la Biblioteca se accedía primero por una escalera de mármol que ahora nos parecería majestuosa, para terminar después en otra, tortuosa y oscura, al final de la cual solíamos encontrar a Cristóbal, el bedel. Si los balcones del salón de lectura estaban

2. Ley del 29 de julio de 1943 (BOE del 31).

3. Se la conoció primero como calle de la Compañía de Jesús y más tarde de la universidad.



El profesor don Francisco López Estrada durante una disertación académica



Don Francisco López Estrada y su esposa, María Teresa García Berdoy, en compañía de los académicos José María Alberich, Aquilino Duque y Eduardo Ybarra en el patio de la Academia.

abiertos, no sólo nos sorprendían raudales de luz sino también un estimulante aroma de café procedente de un tostadero próximo situado en un recodo de la calle Sierpes. Este aroma, si no recuerdo mal, lo evocan Luis Cernuda, Antonio Gala, tal vez Claudio Guillén que un día apareció por allí.

Aquel edificio, destartado entonces y destrozado después al convertirse⁴ en Escuela de Bellas Artes con el beneplácito del Profesor Hernández Díaz, catedrático de Historia del Arte de la universidad, Director General de Enseñanza Universitaria (1966-68) y creador de la Escuela de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría para más responsabilidad, ocultaba secretos: en habitaciones solitarias y húmedas encontré un día mesas cubiertas de libros sucios, enmohecidos, tirados sin respeto. Después he sabido que a esas habitaciones se las llamaba el infierno. No reconocí el nombre de la mayoría de los autores de aquellos ejemplares que no se podían tocar sin asco y un incierto temor. ¿Por qué estaban allí como castigados?

Es probable que pertenecieran a esa *corriente extranjerizante laica y fría* que menciona Vegas Latapie. También supe que aquel desastre fue necesario para evitar, tras una inspección destinada, por cura y militar, a que aquellos libros fueran a parar al fuego. La estratagema consistió en que si los censores retiraban las fichas de los ficheros nadie conocería la existencia de aquellos ejemplares. Pero si el fuego no los destruyó, la sombría humedad sevillana se había ocupado de ellos cuando los vi.

Lo que de esos libro haya podido conservarse se debió al director de la Biblioteca Universitaria de Laraña. Lo era entonces don Juan Tamayo y Francisco⁵, que se había jugado, una vez

4. La conversión fue degradante desde el punto de vista estético. Sólo quedó el patio de columnas y la estatua de Maese Rodrigo de Santaella, estatua que después pasó a unos jardines y finalmente a la Fábrica de Tabacos.

5. El había sido director del Archivo de Indias durante la República desde 1932 a 1936. Con Hernández Díaz, José de la Peña, Antonio Muro Orejón y Enrique [Lafuente] Ferrari había colaborado en la organización de los fondos del Archivo. Supe vagamente que dejó el Archivo de Indias por alguna depuración política en los primeros años del franquismo: "...desaparecido con la guerra. Licenciado en Filosofía y Letras, sección Historia [...], había ingresado en el Cuerpo en 1925. [...] Aunque breve, la jefatura de Tamayo y Francisco se enmarca en la reorganización del Cuerpo Facultativo, llevada a cabo por el ministro Fernando de los Ríos en 1932". Vélez Jiménez, Palmira, *La historiografía americanista en España, 1755-1936*, Madrid-Frankfurt, 107.

más, y en los años de las depuraciones políticas que fueron todos los del franquismo, su cargo de director y tal vez el derecho a seguir perteneciendo, por oposición, al Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos. Aunque entonces haber ganado unas oposiciones no garantizaba ningún derecho adquirido si el pensamiento no se acomodaba a las nuevas normas políticas.

Eran años en los que en Europa y en España se habían quemado libros como si con ello se pudiese borrar la memoria y la historia de los pueblos. El 30 de abril de 1939 y en la Universidad Central de Madrid, simbólicamente y por iniciativa de Falange, se quemaron libros de Arana, Marx, Lamartine, Voltaire, Rousseau, Freud y de todos aquellos autores que se pudieran considerar pesimistas, modernistas o de romanticismo enfermizo.

Tamayo y su mujer, Julia Ysasi-Ysasmendi, también bibliotecaria, formaban una pareja discreta, amable y como dolorida. Recordándolos, he notado que en ambos, y también en su hijo, latían una reserva y un temor disimulados. Lo atribuí a esa desconfianza tácita establecida entre los sevillanos, después de la guerra, en la que todos nos conocíamos a medias. De este recelo tuve conciencia clara mucho más tarde.

El nuevo destino, la Fábrica de Tabacos, era más luminoso que la “vieja” universidad, aunque la calefacción no funcionara gracias a un error técnico. Se dijo que las tuberías habían sido instaladas del revés.

El Seminario de Literatura Española de López Estrada se encontraba en el primer piso. Desde el balcón, durante una revuelta seguida de manifestación estudiantil, ví las cargas de los “grises” que, con la fuerza del agua de sus mangueras, arrastraban por la calle San Fernando a compañeros nuestros. Otras veces la policía formaba una intimidatoria hilera frente a la puerta de la Facultad porque la muralla invisible de un antiguo privilegio que el cristianismo aceptó de otros pueblos, el derecho de asilo, aún se respetaba. Tal vez porque se habían olvidado de anularlo, no les permitía, tampoco a ellos, franquear la puerta. Contiguo al de López Estrada y a su izquierda, se encontraba el seminario de don Juan de Mata Carriazo; a la derecha del de López Estrada, el del Prof. Guillermo Céspedes, Catedrático de Historia de los Descubrimientos Geográficos, compartido más tarde con José

Alcina Franch, Catedrático de Historia de América Prehispánica y Arqueología Americana que hizo los estudios de segunda enseñanza, como supe años después, en el Instituto Escuela. Ambos componían el ala liberal y progresista —el sentido del término no era entonces el actual— de la Facultad de Letras.

Profesores memorables por distintas razones fueron también José Hernández Díaz, ceceante como buen trianero, cuya carrera estudiantil, docente y política se inscribe, con sus luces, sombras y limitaciones, en un sevillanismo absoluto; muy original y enérgico, el Catedrático de Filosofía, Jesús Arellano Catalán, del Opus Dei, instaló un semáforo a la entrada de su seminario para que los alumnos supieran si podían entrar o no a departir con él sobre temas intelectuales o espirituales. Más tarde se incorporó a la Facultad Agustín García Calvo y sus palomas para ser sacrificadas a no sé qué diosa del panteón griego. (Y Arellano, que por motivos de salud, al parecer, había abandonado Sevilla, regresó para equilibrar entre los alumnos el pensamiento que García Calvo, supuestamente, podría desequilibrar). La actividad intelectual de García Calvo, al que se expulsó de su cátedra aunque después volvió a obtenerla con brillantez⁶, desató las iras de algunas almas ortodoxas y el entusiasmo de sus alumnos.

La relación entre profesores y alumnos era cordial, sobre todo si estaba adornada por comunidad ideológica. Esta convivencia, apreciable aunque no sé hasta qué punto sincera, facilitaba tomar el café en el mismo lugar (recuerdo al Profesor Enrique Marco Dorta, al que después visité en Madrid, en la Colina de los Chopos, cuando vivía en la Residencia de Estudiantes, el médico, según decía, le recomendó no tomarlo solo) ya que pronto me di cuenta de que cada cátedra era una trinchera como observa Jaume Claret Miranda⁷. No era raro que algunos compañeros fuesen policías matriculados, y asistentes a clase, para informar después a la policía o a profesores afines, como ocurrió con un

6. En 1953 ocupó en Sevilla la Cátedra de Lenguas Clásicas y en 1964 la de la Universidad Complutense de Madrid. Al año siguiente fue separado de ésta junto a Enrique Tierno Galván y José Luis López Aranguren, por colaborar en las protestas estudiantiles, bajo el ministerio de Manuel Lora-Tamayo. Tanto José María Valverde como Antonio Tovar solidariamente renunciaron a sus cátedras y se exiliaron.

7. *Hispania Nova. Revista de historia contemporánea*, nº 6, 2006.

manifiesto solicitando la amnistía para los presos políticos españoles (entre ellos el poeta Marcos Ana). Se trataba de una carta emitida por Elisabeth, reina madre de Bégica, y que él menciona en su libro *Decidme cómo es un árbol*.

Este ambiente inseguro favorecía las vidas secretas de algunos alumnos y varios profesores: hasta hace poco no supe que el profesor Carriazo, hombre de control gestual y exquisita delicadeza, había militado en Izquierda Republicana y fundado y dirigido el Instituto Escuela de Sevilla, la línea educativa de bachillerato según los principios de la Institución Libre de Enseñanza. Por estas razones estuvo en la cárcel de la ciudad desde el 9 de mayo de 1939 al 14 de febrero de 1940. Conservó su cátedra y nunca salió de los límites de la Prehistoria e Historia de España Antigua.

Queda otro nombre, el de José Guerrero Lovillo, para casi completar el retrato de los que habrían de ser compañeros de López Estrada en la Facultad de Letras de Sevilla. Fue un hombre amable y poco hablador. Parecía tener más edad de la que probablemente tenía entonces y en modo alguno se podrían sospechar en él filias ni fobias de carácter político. Nos dio clases de árabe en los cursos comunes hasta que obtuvo la Cátedra de Historia del Arte. Había sido alumno de segunda enseñanza en el Instituto Escuela de Sevilla⁸ detalle que en modo alguno, por mucho prestigio intelectual que le diera, era conveniente divulgar. Y por allí, también Enrique Sánchez Pedrote y su reticencia a rebajar su dignidad cruzando con prisa los pasos de peatones que entonces habían decorado la ciudad.

Pero el panorama que acogió a López Estrada, no estaría completo sin señalar la historia inmediata que latía al fondo: la de los cargos de confianza de la universidad en niveles superiores a los mencionados y que después de 1936 instituyó el General Queipo de Llano. El 14 de agosto de 1936, el rector nombrado por el gobierno anterior, Francisco Candil Calvo, cordobés fue uno de los primeros represaliados, aunque su prestigio como

8. Carlos Algora Alba, *El Instituto-Escuela de Sevilla, (1932-1936). Una proyección de la Institución Libre de Enseñanza, Sevilla*. Diputación de Sevilla, 1996.

letrado era internacional. Lo sustituyó Mariano Mota Salado⁹; como decano de Ciencias, se nombró a Patricio Peñalver Bachiller; para Letras a Francisco Morillo Herrera; a Carlos García Oviedo, para Derecho; a Francisco Javier Aguilar, para la facultad de Medicina de Sevilla; y a Enrique Muñoz Beato para la de Cádiz. Tanto los catedráticos de la Universidad como los de Institutos debían manifestar su adhesión a las directrices del Movimiento Falangista y prometerlo así en el documento, llamado instancia, en el que se solicitaba la merced de tomar parte en las oposiciones. El poder de la iglesia era el otro brazo, el más fuerte, que impedía a cualquier profesor considerarse libre en sus propias clases o explicar su materia con rigor científico sin preguntarse si éste rozaba o no los bordes de la fe religiosa, que no sé en qué pudieran consistir en las materias que se impartían. Una autoridad eclesiástica solía formar parte del grupo que presidía los actos académicos más solemnes, incluida la presentación de tesis doctorales; por tanto, es ocioso decir que la libertad de cátedra había concluido para siempre. Si más tarde el concepto desapareció de la vida universitaria, quienes debieron defenderlo, ya que a Dios lo dejaron en silencio, se autocensuraron hasta acabar acomodados a la facilidad de lo impuesto. Algunos, muy pocos, nunca renunciaron al rigor científico porque éste nada tenía que ver ni con la Iglesia ni con el Estado, pero no por eso sus vidas dejaron de ser incómodas y de estar en peligro. Otros se exiliaron. Claro estaba que vivíamos en una dictadura.

En aquellos años (1943-1953) Francia vivió también experiencias de depuración histórica y política tras la segunda guerra mundial. Pero en Francia se depuró a colaboradores con el enemigo extranjero mientras que en España lo fueron los que

9. Don Mariano intercedió a favor de innumerables compañeros, como por ejemplo: Don Manuel Giménez Fernández, ex-ministro de la República, a quien el rector Don Mariano le recomendó no salir de su chalet en Chipiona. Igualmente procedió con el ex-rector Don Ramón Carande Tovar, en excedencia y recluso en su finca de Extremadura; asimismo logró que el ex-rector Don Francisco Candil Calvo obtuviera un salvoconducto para asegurar su integridad física, en Priego de Córdoba, localidad de nacimiento. Igual suerte ocurrió a Don Pedro Castro Barea y Don Ángel Bozal Pérez, los cuales estuvieron refugiados en sus viviendas de Sevilla. Antonio Fernández Pérez, *La Toga. Revista online del Ilustre Colegio de Abogados de Sevilla*, n.º 155, julio-octubre de 1955. Sección Tribuna.

El 27 de mayo de 1937, al cumplir 70 años, solicitó su jubilación al General Queipo de Llano, aunque el Ministro de Educación era el poeta gaditano José María Pemán y Pemartín.

se conservaron fieles al gobierno votado en las urnas. El pueblo francés respetaba, ante todo, la dignidad de Francia por encima de las apetencias individuales solapadas, a veces, de ideología.

Los alumnos recibimos la que nos pareció entonces una sólida información, pero hasta mucho tiempo después no supimos que nos faltó, porque lo habían desgarrado, ese tejido flexible continuo, y en una democracia en la que todo pudiera discutirse, que nos habría unido a la cultura en libertad que se iba abriendo camino en el pasado como la de los jóvenes entonces, Jorge Semprún o Claudio Guillén. Ellos, españoles también, estaban en otro lado de la vida. Nosotros, ignorábamos los nombres que perdimos y cuando los recobramos ya era tarde. Las ideas que más nos interesaban en algunas materias dejaban de ser explicadas al llegar al siglo XX. El nombre de Sender, por ejemplo, y el de otros muchos escritores y filósofos, siguiendo la costumbre romana (*damnatio memoriae*) fueron borrados de la memoria de su país. Desconocíamos los nombres de los intelectuales españoles que habían abandonado España desde 1939 o se habían apartado hacia el rincón que se llamaba exilio interior.

Al llegar a Sevilla y a este ambiente, López Estrada tendría treinta y siete años. ¿Qué podría pensar, un hombre joven y sin duda flexible, de esta rígida absorción de poderes y voluntades, de este dolor, esta imposición para cerrar bocas y, si fuera preciso, mentes? Era un intelectual de la estirpe de Menéndez Pidal, de Cejador, de Vossler, de Sptizer, de Curtius, de Oreste Macrí, de Marcel Bataillon de quien publica un obituario. Su afición y especialidad lo habían trasladado a otras épocas, a un mundo de pastores de los Siglos de Oro (nunca más un Siglo de Oro para España aunque Luis Rosales y Felipe Vivanco se lo creyeran); se había ido al mundo del Abencerraje, del Gran Tamorlán, al de los viajeros hispánicos medievales, al mundo, de los caballeros de armas y de letras. Y creo que este otro mundo en que él vivía en sus clases y en su estudio de la calle Montevideo 28, le consolaba de no encontrar ese equilibrio o ideal de caballero del que nos hablaba.

España había dejado de ser, de una vez por todas, una cultura con sentido universal ya que la Ley de julio de 1943 sometía la universidad al fiel servicio de la Religión y de la Patria. Aunque medievalizado según las leyes gubernamentales posteriores a la guerra

civil, el nuestro se convertiría, más tarde, en un país tribal. No cabría ya en el concepto europeo; no tendríamos (nunca tuvimos) un Sartre, un Albert Camus... En la distancia de los años, ni Ortega ni Unamuno se mantienen en el presente como ellos en Francia (y en España) ni alcanzaron, de modo que nos interesen ahora, a debatir pensamientos, leyes, normas, costumbres, sino desde un reducido punto de vista. A Unamuno lo salva su respuesta a Millán Astray en la Universidad de Salamanca. Las obras de ambos huelen hoy a rabietas añejas¹⁰. Si volvemos a ellas, sus manifestaciones carecen, al menos, de interés actual y turban en ambos lados. No abren caminos y adolecen de cierta frivolidad y autocomplacencia. Es Unamuno el más dañado por el tiempo, gastado en su ansia de notoriedad y en lo irreflexivo, que él llama, piadosamente, paradójico, de su verborrea: "... me cago en el vapor, en la electricidad y en los sueros inyectados..."¹¹ Y en carta a Juan Arzadun, vasco como él, afirma, y repite en varios textos: "Sí, hay que proclamar la inferioridad de los andaluces y análogos y nuestro deber fraternal de gobernarlos. Málaga debe ser colonia y hay que barrer el hedonismo o sea el Romero Robledismo. Yo lo proclamo, y si quedo solo solo quedará [...] el castellano le lleva de ventaja al catalán su alma inquisidora"¹². Según él, la solución para España es vasconizarla. Y también su asombrosa insistencia en una palabra peligrosa entonces: las "razas" de España.

¿Habría sido posible una universidad en la que el poder de su palabra representara, en la cultura española, lo que las de Sartre o Camus en Francia y en toda Europa y todavía? La palabra como luz se perdió en 1936. Un debate de ideas nunca lo tuvimos. Para nuestra formación, unos simulaban la legalidad que no tenían, otros emplearon lo que creían "la verdad" con la violencia de un arma.

10. En una carta (inédita hasta 1986) que dirige al catedrático de Hidrología, luego de Pediatría, Hipólito Rodríguez Pinilla (1861-1934), condena en bloque lo europeo, la ciencia y la vida: "Hay que deseuropeizarse. Cada día me parece más petulante, más necia, más transitoria y más vana eso que llaman civilización moderna [...] Me cago en el vapor, en la electricidad y en los sueros inyectados. "Una réplica. La labor de ABC" Madrid, 13 de junio de 1915, p. 13.

11. "Una réplica. La labor de ABC" ABC, Madrid, 13 de junio de 1915, p. 13.

12. Miguel de Unamuno, *Epistolario americano (1890.1936)*, Edición de Laureano Robles, Universidad de Salamanca 1996, p.101.

Lo que esperábamos sin saberlo estaba en otra parte, casi escondido: un día, Don Francisco comenzó su clase con esta afirmación que nunca he olvidado: al mirarse Dante y Beatriz nace la lírica europea, dijo. Era el principio del tema 8 de su curso de Literatura Española. Aún guardo los apuntes y siempre lo he recordado ante la tumba de Beatriz. El acto de mirar crea a Beatriz al ver en ella lo invisible, y este mirar místico, creador y amante para Nicolás de Cusa, tiene como consecuencia universal, según el nuevo profesor, la lírica europea, punto de encuentro de lenguas, países, pensamiento, tiempo: la interpretación de una verdad no probada en la que todos los ojos coinciden. Creo que aquel resquicio nos lanzó a un mundo nuevo, rico, poderoso al que reconozco, ya que, por alguna razón, se quedó pegado a mi memoria.

Sin embargo, Don Francisco nos parecía distante, causa tal vez, de una escondida timidez que no captábamos y que pude apreciar con el tiempo. Nos transmitía a los personajes de su reino -Dante, El Cid, Garcilaso, Bécquer- como verdades esenciales y paradigmáticas, aunque él procuraba no dejarse llevar por sus emociones.

Su actividad incesante le llevó a acoger, animar y encauzar en Sevilla a los nuevos poetas de aquellos años, y a organizar lecturas poéticas en la Facultad, en el Ateneo o en el Colegio Mayor Hernando Colón -conservo una fotografía en la que con él aparecemos María de los Reyes Fuentes, Manuel Mantero y Joaquín Romero Murube -. A través de su amistad con él y de los numerosos actos que organizaba, tuvimos la oportunidad de conocer personalmente a Dámaso Alonso, a Gerardo Diego y a Alejandro Casona, recién llegado de su exilio para morir poco tiempo después. Nunca nadie animó y ayudó como él a los jóvenes escritores sevillanos de entonces. Y ni la censura ni los alumnos-policías le impidieron organizar un acto sobre Antonio Machado y un homenaje a Luis Cernuda del que probablemente salió un breve epistolario entre el poeta y un hijo del Catedrático de Literatura de Instituto, Don Higinio Capote, hombre que también había entrado en el silencio. Su hijo, José María, hizo, años después, su tesis de licenciatura con López Estrada sobre el periodo sevillano de Luis Cernuda. Como puede verse, había algunas posibilidades de eludir la censura y de hablar sobre lo que deseaban oculto.

En un acto en memoria de Antonio Machado, corrimos un serio peligro: García Calvo comentó el poema “Recuerdo infantil”, pero no se había vestido correctamente, sino a lo Unamuno: jersey con cuello de la camisa asomando por el escote. Sin corbata. Por lo visto, el atuendo de algunos profesores les parecía indigno a otros. Incluso en pleno verano usaban cuello almidonado y cuando uno de ellos apareció con una cómoda y fresca camisa de lino en el terrible verano de Sevilla fue criticado de la manera más despiadada. Eran tiempos de ceniza.

Tuve ocasión de conocer mejor a Don Francisco cuando formé parte de su Seminario, como Profesora Ayudante o algo así, mientras realizaba los trabajos de mi tesis doctoral de la que él era director. Su actitud en situaciones como las que convertían la universidad en territorio sagrado fue siempre más mesurada -aunque interiormente dolorida- de lo que nuestra indignación deseaba. La medida de que en clase nos habló, en relación con el caballero de armas y de letras, le ayudó a soportar tiempos difíciles. Pero no a nosotros.

Durante mis últimos años en Sevilla, pude contar con su amistad y ésta se mantuvo a través de los años y los largos viajes. Recuerdo su biblioteca de Montevideo 28, una cena difícil en su casa con Vicente Gaos, y otras menudencias e instantáneas que en su permanencia en la memoria mantienen una línea de afecto comprensible. Luego, durante mi estancia en Estados Unidos, vino a Michigan a darnos una conferencia y, años después, a Ferrol para hablarnos de Gómez de la Serna. Y entre esos encuentros aislados llegaba de vez en cuando una separata de su última publicación, una tarjeta, unas palabras estimuladoras y amistosas. La última vez que lo vi fue en Madrid, en la Residencia de Estudiantes, cuando presenté *En el viento, hacia el mar*, en 2003.

Su extensa obra da testimonio de su rigor intelectual y de la riqueza y abundancia de sus sabidurías. Se movió como quien busca en las ideas y en las páginas que lo atraen el camino hacia un humanismo que después de la segunda guerra mundial abandonaba Europa y poco después la cultura occidental. Pero nos quedó algo de la ética profesoral que, con otros que formaron parte del claustro, habría de convertirse en restos de un pasado que si no fue cómodo, fue, el algunos, casi limpio.

Parece difícil que, siendo profesor de literatura, no hubiera en su fondo, también, una pulsión creadora. Pero la hubo tanto en la prosa como en el verso. Me envió, editado en 1979 en el número 3 de la revista *Separata* que dirigía Jacobo Cortines, la narración de alguien esperando que la flota saliera para Indias, “río abajo” mientras el narrador recuerda su amistad con Fernando de Rojas al que había conocido en Talavera. La prosa es suave, cómoda, de pátina antigua, aunque no tanto como para que parezca imitada. La poesía asoma en un escrito que me envió pero no llegó a publicarse pues parecía sólo unos apuntes. Confiesa en ellos la emoción que sentía, y siempre había guardado para sí mismo, cada vez que pasaba por la glorieta de Bécquer al atardecer. A ellas añade un comentario sobre la muerte de Ezra Pound, de la que tiene noticia en Madrid, un poeta difícil, dice, pero sincero. El recuerdo de la glorieta de Bécquer al anochecer y la emoción sentida en Madrid, años después, por la muerte de Pound se funden en dos poemas:

¿Qué música se acerca?
 Se diría un cortejo
 Parece que cantaran
 Sobre el parque se ciernen
 Tienen prisa los pájaros
 Parecen temer la noche;
 Y el misterio descurre
 y los tiempos se funden
 El poeta es un busto,
 que perderá su relieve
 Resucitan los clásicos
 y las alzan en alto,
 Llegaron los románticos,
 El cortejo es solo sombras,
 ¿Sirven las palabras
 Si existen o no existen,
 La música por los aires
 que viene del fondo
 Se pone morada
 Pasa galopando
 es un sueño suelto
 Son los surtidores

¿Quiénes son los que llegan?
 sonando violines.
 acordadas voces.
 las sombras de la tarde.
 y agudizan sus cantos
 o no sé lo que esperan.
 un telón de visiones,
 en torno del poeta.
 una piedra moldeada,
 con las sombras crecientes.
 y levantan las copas,
 y se funden al punto.
 y se confunden los límites.
 doncellas y mancebos.
 para nombrar las sombras?
 es difícil saberlo.
 es sólo un lamento
 de las almas en pena.
 la luz de las sombras.
 un caballo muy blanco;
 que no deja huellas.
 como un cirio enhiesto,

que la tarde última
 Pensamientos leves
 Y en vano me esfuerzo
 Y un tozudo toro
 Los árboles altos
 Y arriba hay un techo
 como un templo confuso

En vano, es en vano
 porque llueve de siglos
 Queda el tacto imprevisto,
 El misterio confuso,
 La noche está cerca,
 que quedó del recuerdo.
 Es inútil la queja
 Si fue una sonrisa,
 sólo es memoria,
 El poeta lo dijo
 oyendo estas músicas
 esperando el cortejo
 perdido en la noche,
 La noche es silencio,
 Callen violines,
 No hay coros de jóvenes,
 La noche va borrando

Y sólo queda el árbol
 que hunde los dedos
 y que ancla en el cielo
 buscando la altura,
 Y en medio el poeta
 y el árbol le cede
 Si la vida es raíz,
 o la vida es la hoja,
 el poeta lo ignora,

Y escribe las Rimas,
 ocultos rincones
 Y acaba diciendo:

con el viento esparce.
 que apenas dicen nada,
 por darles sentido.
 empuja las sombras.
 se sienten columnas,
 de hojas trenzadas,
 que se hunde en las sombras.

que el cortejo avanza
 una espesa desdicha.
 la tortuga enconchada,
 un grito inexplicable.
 y el amor es la pena
 El poeta lo dice.
 por lo que entonces pasó.
 si risas saltaron,
 fuente de tristezas.
 con palabras muy suyas,
 allá muy adentro,
 que no llegaría,
 náufrago de sí mismo.
 y todo lo apaga.
 cállense los chelos.
 ni blancos caballos.
 lo que queda del día.

que agarra la tierra,
 de las mil raíces
 las hojas que suben,
 cediendo ilusiones.
 en mármol medita,
 su verde existencia.
 calando en lo hondo,
 subiendo hacia arriba,
 y no quiere saberlo.

versos siempre heridos,
 de la intimidad.
 -Poesía eres tú.

En tono muy bajo, si en soledad nacieron, ansiado compañía, amores compartidos, recordando lo que fueron Son palabras sinceras, por ti escribió los versos, Por ti se renuevan	apenas audible, por ti las compuso, soñando perfección, punzantes los desdenes, experiencias con dolor. escogidas con tino; por ti se recuerdan. en cada lectura.
Ya se vino la noche,	la noche, la noche...

Los versos sobre Pound están fechados el 3 noviembre del 1972 (Pound había muerto el día 1):

CASI BALADA DE MADRID
EN TARDE DE LLUVIA

Sábado, tres de noviembre de 1972

Hoy he leído en los periódicos,
entre otras noticias y anuncios,
que a Ezra Pound lo han enterrado en Venecia.

Y, yendo por la calle en la tarde de lluvia,
dudé que a alguien
lo puedan enterrar en Venecia.
¿Enterrarlo? ¿Y en Venecia?
¿No será un párrafo suelto de un último poema,
que se metió, sin darse cuenta,
empujado por multitud de palabras,
en la redacción de una prosa noticiosa?

Venecia, mi Venecia,
dorada a veces, y adorada siempre,
pudriéndose y hundiéndose,
cercana la piedra del desmayo
por una dosis excesiva de romanticismo.

Dicen los periódicos,
y en los titulares,
que su entierro fue católico,
apostólico y romano;
que pidió un ataúd pobre,
de madera de embalajes;
y que lo llevaran en góndola,
meciéndose dulcemente,
acunándole de este modo
el comienzo del sueño eterno,
deslizándose sobre las aguas.
¡Schist!, los remos, despacito,
que no hay prisa por llegar,
y lo bueno es el camino,
no por tierra, sino por mar.
Un mar urbano, contradicción suma.
Góndola para enamorados,
que también sirve para los muertos,
que por esta vez hacen el último viaje,
que avanza a leves empujoncitos,
pero avanza, avanza.
Implacable como un astro.

Allí Ezra, muerto en Venecia,
y yo, aquí. En la calle de Madrid,
y en el día de hoy,
tres de noviembre,
con el periódico de la tarde,
comprado para leer después de cenar.
Ezra se iba, como se habían ido los muertos.
Como se fue mi padre,
él, lejos, en un sueño, sin vuelta.
Y se fue mi madre,
dejándome la huella levísima
de un beso en la mejilla.

Pienso en la góndola de Ezra,
camino del cementerio.

Todo se enreda: los últimos adioses,
y los primeros besos en la mejilla adolescente.

Y la lluvia es terca e insistente,
mientras las calles conservan aún
huellas del tráfico floral del día de los difuntos.

Fue anteayer.

Aquí un crisantemo caído,
supongo que en las prisas,
que hay que acudir a todo,
y el tiempo es corto.

Y hay hojas y ramos rotos,
pisados, por las aceras.

Eran de flores para los muertos,
y estos restos valen también
para recordar a Ezra.

Y también los residuos vegetales
que el agua, insistente, empuja,
y que los barrenderos amontonan
junto a las hojas caídas del otoño.

Las calles relucen, como de agua sólida,
Venecias de asfalto,

y nosotros encima, con los paraguas abiertos,
andando con prisas.

Milagro, milagro.

Los transeúntes, los peatones, los viandantes,
andamos sobre el agua,
bíblicos personajes, sin saberlo.

Y uno y otra,

aislados, o en parejas,
en grupos, en multitudes,
en ciudades, en naciones.

Llueve sobre toda Europa,

dice el hombre del tiempo
en muchas lenguas y lugares,

mientras el mundo cumple su trayecto astronómico.

Y la góndola de Ezra se acerca,

despacio, a la isla Maggiore.
Y yo seguía pensando,
mejor dicho, sintiendo,
que Venecia era eso:
como un corazón palpitando
por la muerte de un poeta.
Mi enamorada Venecia,
mi novia del alma...
Y Ezra, por fin, llegando a la isla,
llegando a la isla
para alcanzar la tierra,
la tierra, la tierra...

Es posible que con el paso de los años vuelvan a mi memoria otros recuerdos de aquel tiempo. Parte de quien yo pueda ser se inició en aquellas aulas y las instantáneas en blanco y negro que salpican mi memoria arrojan un legado positivo en el que también están presentes, con más piedad por mi parte que desprecio, los que más daño hicieron. Y continúan haciéndolo, aunque ellos solo representen la grisura de quienes nada nos legaron.